

libros: memoria personal

por teodoro león gross



centro de ediciones
málaga.es diputación



*málaga
feria del libro, mayo, 2011*

libros: memoria personal

por teodoro león gross



*Para Cristina, Virginia y Teo,
con todas las páginas por vivir*

Un hombre es –también– los libros que ha leído.

Los libros son, para el lector, capítulos de su biografía.

Estos pueden llegar a ser esenciales en el curso de la vida.

A veces algunos libros incluso desvían el curso de la existencia; a veces.

En definitiva uno es lo que ha vivido, lo que ha bebido, lo que ha movido... y desde luego lo que ha leído.

Ciertas páginas se van convirtiendo así en huellas del viaje de la vida.

La memoria de estas páginas es, desde entonces, uno de los nutrientes de ese ser humano.

Nadie es el mismo cuando a los siete años ha entrado en la madriguera de la colina de Watership;

si a los nueve ha oteado un paisaje desolado con Karl May sintiendo la incertidumbre del horizonte vacío con los ojos de Old Shatterhand y el apache Winnetou;

si a los once ha palpado con emoción una cimitarra invisible de Salgari en las junglas de Malasia;

si a los trece ha experimentado la desolación leyendo *El diario de Ana Frank*;

si Julio Verne; si Stevenson; si Swift; si Tolkien;

si como adolescente has sentido la piel mojada aguardando bajo la lluvia de papel con Sam Spade o con Philip Marlowe;

si se han precipitado las incógnitas a las que reta el primer Hemingway, el primer Delibes, el primer Zweig, el primer Günter Grass...

si has leído los pliegues abisales del sexo a través de Georges Bataille.

El descubrimiento de la vida es siempre una experiencia individual; un rito iniciático para la propia mirada. Pero sin duda la cortedad de miras que uno trae de fábrica, todas esas dioptrías mentales de la mala educación y la burbuja de la infancia, se corrigen con lecturas. La mirada se ensancha sumando otras miradas.

Y siempre hay un libro, en algún momento, capaz de sacarte de la burbuja para depositarte en el páramo inconfortable de la conciencia de la realidad; es algo que uno puede sentir inequívocamente, o al menos yo creí sentirlo así al leer *El camino* de Delibes con trece años.

La lectura le pone lentes al cerebro.

Nadie ve el mundo tan estrecho tras haber leído a Dostoievski, a Melville, a Marguerite Yourcenar.

Nadie lo ve tan plano tras haber leído a Vasily Grossman, a Antonio Soler, a Thomas Bernhard.

Nadie lo ve tan gris cuando ha leído a Chejov, a Martin Amis, a Yaser Kemal.

Nadie lo ve tan vacío tras haber paseado por las páginas de John Irving, de Irene Némirovsky, de Leonardo Sciascia.

El territorio de la memoria del lector tiene ríos de tinta.

Y la memoria –como dice Mainer– es lo que nos construye como seres morales.

La escala moral de un lector está llena de ecos impresos.

Es un itinerario que comienza con un descubrimiento casi mitológico, el acercamiento a la biblioteca del padre, a ese mueble de apenas dos metros de altura que entonces parecía imponente como un grabado de Piranesi con su laberíntica cartografía rotulada de títulos y nombres que encerraban una cosmogonía secreta, llena de evocaciones, *Zalacaín el Aventurero*, *El lobo estepario*, *El zafarrancho aquél de vía Merulana*, *Por quién doblan las campanas*, títulos que se irían convirtiendo en una hoja de ruta mientras empezas a abandonar los muros de la casa aquella del Paseo de Miramar, a veces a la República de Weimar, a veces al Imperio romano, la Guerra de Secesión, la China colonial, las tierras incógnitas de la aventura equinoccial de Lope de Aguirre, el corazón de África con Richard Burton, o al territorio de la pintura con aquellos tomos sobre Van Gogh o Modigliani, o aquellas grandes obras de Arquitectura sobre Le Corbusier o Frank Lloyd-Wright, pero sobre todo la aventura de la imaginación.

El tacto de esos primeros libros se recuerda tan vivamente como la primera mano deslizada por los pliegues del uniforme escolar del amor adolescente explorando el origen de la pasión.

Hay algo profundamente carnal en los libros. Y es algo que las pantallas de cristal líquido no pueden reemplazar.

Entonces aún es pronto para saber que esos libros realmente van a ser capítulos de tu biografía. Pero años después, ante el pelotón de fusilamiento de los calendarios, uno recuerda el primer día en aquella biblioteca, y reconoce sus pasos en las huellas de aquellos anaqueles con toda la Generación del 98 en ediciones Austral, de aquellos libros magnéticos de Seix Barral como *La oscura historia de la prima Montse* o *Conversación en la Catedral*, las novelas negras de tu madre que marcarían una pasión compulsiva a partir de Graham Greene y John le Carré y quizá ya algún Boileau-Narcejac a dos manos.

Un lector no tarda en presentir, y después sentir, que realmente hay libros que van a marcar la ruta de su existencia antes de convertirse en la cartografía de la memoria.

De repente el efecto en la educación sentimental de Fenimore Cooper o Edgar Allan Poe;

el maravilloso encuentro con Maigret, tal vez *El loco de Bergerac* o *La esclusa número uno*;

El arte de amar de Ovidio en aquella edición modesta de Aguilar; la biografía del conde duque de Olivares de Marañón;

el formidable ensanchamiento de *El Quijote*, adoptado como libro de cabecera frente al escepticismo canónico de los escolares;

el descenso a los infiernos con Celine; la lectura de *La Noche*, a la que dedicaste tu primera crítica literaria, el primer capítulo de una amistad.

Un libro no es sólo el libro, sino alguien que te llevó allí.

Muchas veces me he visto, retrospectivamente, en la mesa del cuarto de los niños, con mi padre, al acabar de leer *De Glasgow a Charleston* de Julio Verne, aquella novelita corta sobre un flete hacia la Guerra de Secesión que él me había entregado como a mi hermano *Historia*

de un caballo de Tolstoi, el destino fatal de Kolstomier, el mejor de la manada; y lo que dijo aquel día sobre el entendimiento. Después Pío Baroja en particular, o Herman Hesse. La precisión de la memoria nos abandona, pero no la emoción de la memoria.

Recuerdas las primeras sugerencias de tu hermano, con los novísimos antologados por Castellet; aquel profesor de Literatura en bachillerato que te habló de Max Aub; la clase de Teoría Literaria en la Facultad dedicada al soneto ‘cerrar podrán mis ojos la postrera sombra...’ de Quevedo; el curso de aquel catedrático sobre *La noche oscura del alma* de San Juan de la Cruz; aquel viaje imaginario a la Argentina con un compañero bajo la advocación de Ernesto Sábato...

Todos tenemos deudas imprescriptibles: deudas de libros.

Cada uno tiene su propio memorial, un retablo de nombres propios naturalmente con poco o ningún significado para los demás: Miguel Dorronsoro, Paco Briales, Ricardo Krauel, Antonio de Torre, Curro Troya

y tantos amigos desde la adolescencia, por el curso de los calendarios, Juvenal Soto, Antonio Garrido, y así hasta Pedro Aparicio, desde luego Manuel Alcántara, Salvador Moreno... nombres que no sólo conforman una antología de la amistad, también una antología de libros, ellos son *El Señor de los anillos* a los catorce, la *Vida del Muy Magnífico Señor Don Cristóbal Colón* de Madariaga a los dieciséis, las novelas de Ripley de Patricia Highsmith, *Rojo y negro* de Stendhal, *Arde el mar* de Pere Gimferrer, la literatura gótica de terror, Roger Peyrefite, los artículos de Bonafoux, *La calma* de Atila Bartis....

Esos nombres propios no son simplemente un catálogo personal, sino universal. Esos nombres son todos los nombres. Al cabo todo lector tiene su santoral propio, su retablo de bienhechores, su herencia literaria.

Sabes quién te sacó el billete de ida a Salinger, quién a Heinrich Böll, a Faulkner, quién a Goytisolo, quién a Henning Mankell. Y no hay billete de vuelta.

Hace veinticinco años, cuando Borges accedió a hacer una selección de su Biblioteca Personal, escribió: “A lo

largo del tiempo, nuestra memoria va formando una biblioteca dispar, hecha de libros o de páginas, cuya lectura fue una dicha para nosotros, y que nos gustaría compartir”.

Del mismo modo que algunos tienen álbumes de fotografías, donde pueden asomarse a la historia de su vida, otros tenemos bibliotecas que son un itinerario de amistades, de compañías, de instantes memorables, de afectos lentos y profundos, y las huellas están en los exlibris, las dedicatorias, o sencillamente en la resistencia al olvido.

En definitiva una biblioteca es el espejo de una existencia.

Y un equipaje inseparable, que vuelves a experimentar intensamente al viajar porque las ciudades son también depositarias del eco de los libros.

El lector que visita Praga no sólo ve la ciudad con sus ojos, sino con la mirada prestada por Kafka, no ya rehaciendo su camino diario hacia el número 5 de la calle

U Radnice al noroeste de la plaza de la Ciudad Vieja junto al ghetto, sino en ese itinerario moral de la ciudad impregnado por sus huellas, el Café Louvre de las tertulias con Max Brod, el salón literario Casa del Unicornio, el viejo Hotel Archiduque Esteban, el barrio del Castillo...

o en Estambul con Orhan Pamuk. No es la misma ciudad sin él.

Y no se puede estar en La Habana sin ver la luz con los ojos de Cabrera Infante en *La Habana para un infante difunto*, o esas mujeres que “conjugan el verbo amar en pocos tiempos”. Y descubrir la ciudad sobre las huellas de Hemingway, Graham Greene, Lezama Lima, Carpentier, Guillén, Philip Kerr...

Con Philip Kerr has andado Berlín, reencontrándote con el aire del desencanto de Alec Leamas, el espía que surgió del frío, hasta detenerte en el café donde Josep Pla amaba a Aly Herskowitz, porque sobre todo has andado la República de Weimar con Alfred Döblin desde la Alexanderplatz, o con Franz Hessel al que

Walter Benjamin te había indicado como ‘el paseante de Berlín’, o con Martin Kessel y su señor Brecher.

Paseas por México de la mano de Carlos Fuentes entre rameras, ruleteros, acartonados aristócratas nostálgicos, covachuelistas, sus académicos petulantes y sus espaldas mojadas con la frustración en el equipaje de retorno, los mariachis y todo el cabaret de la vida;

y cruzas desde Manhattan a Brooklyn sobre el East River con los pasos de Paul Auster, hacia la esquina de Prospect Park West con la 16, donde en realidad ves una oficina de Western Union y una cafetería, Farrel’s Bar and Grill, o en la calle Court, entre President y Carroll, El Palacio de Papel, la tienda de papelería donde el protagonista de *La Noche del Oráculo* compra el cuaderno azul...

Miras una vez París como Cortázar en *Rayuela* –alrededor de Saint-Germain-des-Prés, con su crisol de callejas y sus kioscos de vituallas, en los que unas clementinas o una porción de ‘terrine’ parecen proceder del paraíso directamente– y otra vez otro París con Baudelaire, y otra vez otro París con Celine, y con

Victor Hugo, con Voltaire, pero París sobre todo con Hemingway cuando París era una fiesta junto a Scott Fitzgerald, Gertrude Stein, Ezra Pound, Steinbeck, Erskine Caldwell o Dos Passos;

y miras las calles de Amsterdam con la mirada de Ana Frank, sobre todo al pasar por la fachada del edificio Opekta en la Prinsengracht;

y en Florencia te haces guiar por el arquitecto Hayden Chart de aquella novela póstuma de Sinclair Lewis, que viaja desde la modernidad a la intemporalidad y acaba seducido por la cúpula majestuosa de la Catedral de Santa María dei Fiori, el Palazzo Vecchio o el campanario de Giotto que “domina el mundo mejor que un rascacielos de cien pisos de hormigón armado”.

O Londres a veces con Sándor Marai, compartiendo sus sorpresas al comprobar la elegancia al caminar que tienen allí lo mismo los aristócratas de Regent Street que los mozos de cualquier tienda de ultramarinos, a veces con Henry James, a veces con Arthur Conan Doyle, a veces con Martin Amis, a veces con Zadie Smith.

Por supuesto Madrid, tu Málaga...

Los libros te llevan a las ciudades y te guían allí.

Lees Cartagena de Indias sobre las huellas de *El amor en los tiempos del cólera*, y caminas al Portal de los Escribanos, de hecho Portal de los Dulces, atravesando la muralla por debajo de la Torre del Reloj y cruzando hasta los soportales con puestos de pastelillos de ajonjolí, casadillas de coco, panderitos de yuca, marranitos de leche, caballitos de papaya, donde el desamor de Fermina Daza por Florentino Ariza, cerca del callejón del Candilejo... lees y ya es un deseo.

En Alejandría, la jaula de Cavafis, has caminado, amado, mirado, bebido, dormido y te has desvelado con Justine, Balthazar, Mountolive y Clea, y has vuelto sobre sus pasos.

Y por Buenos Aires con tantos, pero inevitablemente con Borges, con él en la vieja Biblioteca Nacional, la Confitería del Águila, el Zoológico o el Bar La Perla, todo Buenos Aires desde la Chacarita a Recoleta que

él sintetiza prodigiosamente: “bellos son los sepulcros, el desnudo latín y las trabadas fechas fatales, la conjunción del mármol y la flor”.

Y por Lisboa con Pessoa, con Saramago, donde “todo es ilusión, quimera, espejismo”.

Al final el viaje es siempre interior, como propone Cavafis: “No hay otro lugar, siempre es el mismo puerto, y no hay barco que te arranque de ti mismo”.

Hay muchos momentos para descubrirlo. Quizá en el vaporetto hacia la isla de San Michele, ese cementerio-isla cautivador, donde está enterrado Ezra Pound, mientras se repite el camino de aquel día duro en que llevaron su ataúd cuatro gondoleros vestidos de negro.

Todas las ciudades son tu ciudad. O tú mismo. Pero en el universo ensanchado como lector.

El Cairo con Naguib Mahfuz. Barcelona con Marsé. Edimburgo con Irvine Welsh...

o ese Trieste de la mano de Italo Svevo, pero también de Claudio Magris, Umberto Saba, Rainer Maria Rilke, James Joyce... el célebre Caffè San Marco, la mítica librería Antiquaria de Saba...

Con los libros has recorrido el mundo antes de recorrer el mundo.

Y después, al recorrer el mundo, vuelves a un mundo que ya es tuyo.

A veces has estado en esas ciudades; a veces sólo las has leído como Des Essaintes en *A rebours* para estar allí.

Esos libros no te persiguen. Simplemente un día comprendes que eres esos libros.

En tiempos, como todo amor apasionado, esto tiene algo de obsesión. Y no completamente curable.

El territorio de ese amor son las librerías.

La memoria de un lector está llena de librerías, ya sean dos o doscientas. Estas forman parte del catálogo de su patrimonio personal, incluso de su patrimonio histórico-artístico. Hay pocas impresiones equivalentes a algunas librerías, y más que ninguna la Selexyz Dominicanen de Maastricht, esa antigua iglesia medieval transformada en templo del libro, una verdadera joya equiparable al Trinity College en Dublín. Quizá ningún lector debería dejar de peregrinar allí una vez en la vida;

allí o a El Ateneo de Buenos Aires, la librería más espectacular del mundo en una ciudad llena de hermosas casas de libros, ocupando todo un viejo teatro, con impresiones ópticas equiparables a las perspectivas del mirador sobre la escalinata de la Biblioteca del Congreso en Washington;

y con éstas dos sólo es equiparable la Livraria Lello de Oporto, seguramente la librería más hermosa, que fija en la mente del viajero la imagen definitiva de la palabra librería, fundada hace siglo y medio en la Rua dos Clérigos...

Los amantes de los libros aman las librerías. Las que ya has explorado y las que llevas registradas en el instinto del cazador del libros.

Adoras esas pequeñas librerías de Madison Avenue en Nueva York, como The Corner o The Complete Traveller, o las grandes Barnes&Noble sobre todo en las plazas clásicas de Union Square o en la 5th; Posada, en Bruselas, síntesis de esas coquetas librerías centroeuropeas, que tienen algo como de viejas confiterías, con ese lujo sin estridencias de colores y formas con su particular aroma; por supuesto La Hune en París con su chaflán sobre el Bulevard Saint Germain, vecina inseparable del Café de Flore, tentación conjunta irresistible bajo la advocación de Max Ernst o André Breton; la estupenda sede de El Péndulo en la colonia Polanco de México DF, con sus desayunos de sandwiches con nombres de escritores; Bookàbar de Roma, otra librería de cafetería obligada, diseñada por Firouz Galdo con techos curvos y el minimalismo blanco de cada golpe de luz; o la irresistible Hatchards, esa librería del siglo XVIII sobre Picadilly con su aire aristocrático sin estridencia, salvo el Hatchards Christmas Customer

Evening, cuando sus pisos se llenan de figuras firmando ejemplares;

y esperas llegar a Atlantis Books, esa cautivadora idea de unos locos en Santorini al descubrir allí no había venta de libros, o The Bookworm en Pekín a escala china, o la coqueta Another Country en Berlín susurrada por alguien inteligente, y por supuesto la City Lights Book de San Francisco, quizá alguna vez;

y amar las librerías es venerar las casa de libros viejos como La Bouquinerie en Marsella, o This Ain't The Rosedale Library en la Church Street de Toronto, o algo tan singular como Il Museo del Louvre en Roma;

pero quizá no hay un gozo comparable a los *bouquinistes* de París con sus modestas *boîtes* sobre el Sena, en el recorrido del Pont Marie al Quai del Louvre y en la *rive gauche* hasta el Quai Voltaire, todo un símbolo de la ciudad ilustrada y viva desde hace siglos, donde dialogas con medio millón de libros viejos de ocasión, como en el viejo Moyano, o en ese pueblo asombroso de Gales, Hay-on-Way, convertido enteramente en una librería al aire libre, pero

también estos puestos de la primavera de Málaga que forman parte de la memoria sentimental, donde compraste a Ibáñez o Escobar antes de aquellos primeros *Sin novedad en el frente* o *Réquiem por un campesino español* bajo los plátanos de indias o ahora bajo los almencinos, entre el rumor de verano y el aire salobre desde la lámina del puerto.

Los libros están siempre ahí.

A veces vuelven solos. A veces hay que sondear la memoria.

Los oyes en canciones o los buscas en canciones; unos en la voz de Silvio Rodríguez,

otros deteniéndose a ver de qué habla Rockpile en *When I Write The Book*,

o en el rhythm&blues de The Drifters que cantaban *You're More Than A Number In My Little Red Book*.

Un estribillo pegadizo de Rosa León o ese otro de La Oreja que la radio repetía:

En el libro que te di
deja secar ese beso junto a ti
no dejes que el tiempo arrugue
las hojas del libro que te di

The Book I Write de Spoon o Suzanne Vega cantando:

What's that they tell you
About a book & a cover?
Don't judge so quickly.
They'll tell you one thing and then another.
But see what lies
Within,
Under the skin.
Just give it one thought.

Los libros también suenan en la banda sonora de tu vida.

Eres capaz de evocar aquellos *Tales of Mystery and Imagination* de Edgar Allan Poe a través de The Alan Parsons Project, o *I Robot* de Isaac Asimov, o *Eye in the Sky* de Philip K. Dick;

o a Sor Juana Inés de la Cruz en Oscar Chávez, o su Macondo como homenaje a García Márquez en *Cien años de soledad*.

Unos reencuentran *El perfume* de Suskind en aquel estribillo de Nirvana; o el eco del joven John Kennedy Toole en *Neon Bible* de Arcade Fire.

O al gran Eduardo Galeano en *Las venas abiertas de América Latina* de Los Fabulosos Cadillacs.

Hay canciones que te persiguen, como *El fantasma de Canterville* de Sui Géneris.

Y canciones que persigues tú como *Romeo y Julieta* de Dire Straits, sobre las aguas turbulentas de los corazones rotos.

Has oído Moby Dick en Led Zepellin y a Tom Sawyer en Rush. O a Morphine convirtiendo a Kerouac en jazz o The Cure recreando *El extranjero* de Camus en *Killing an Arab*.

No ya palabras, palabras, palabras... sino libros, libros, libros.

Libros en las librerías, en las discotecas, en las pinacotecas...

Cuántas veces te has detenido ante el bibliotecario de Arcimboldo, ese hombre compuesto de libros –no de sus habituales bodegones vegetales– como si su esqueleto, su organismo, estuviera hecho de páginas, el hombre construido como una biblioteca.

La memoria literaria es también un eco de pinturas.

El libro turbio del expresionista Ernst Kirchner o el libro material de Giorgio de Chirico.

La compañía del libro en *La dama de azul* de Vermeer, ese libro siempre cerca sobre la mesa, o el libro ausente de Diego Rivera en *El Matemático*.

El libro inquietante de las pinturas negras de Goya o el libro abstracto de Jasper Johns.

El libro abierto de Juan Gris y el libro cerrado de los bodegones de Escher.

El libro voluptuoso en manos de la mujer desnuda de Botero, o el libro circunspecto bajo el cráneo del ermitaño de Ribera el Españoletto.

La seducción sonriente en *La lectora* de Renoir o la tan picassiana *Cabeza de mujer leyendo*.

El libro del conocimiento de Rembrandt y el libro frívolo de Paul Honatke.

La naturaleza muerta de Van Gogh, y las naturalezas vivas de libros de Latour o Dharman.

La sobredosis de libros en David Dalla Venezia o el libro solitario de los trampantojos de John Frederick Peto.

Los libros del sosiego en Chadwick o los libros del desasosiego del San Jerónimo de Murillo.

El libro anhelante del rincón de la biblioteca de Van der Hayden o el libro esquinado en ‘Two vases of flowers’ de David Hockney.

Y quizá, entre todos, ‘Hotelroom’ de Edward Hopper, la soledad de la mujer sentada en la cama, casi desnuda, donde el libro infunde una presencia caliente que desde el regazo salva la sensación desoladora.

El libro está en la memoria; definitivamente en todas las rutas de la memoria.

Al final el venerado Ambrose Bierce puede tener la cara de Gregory Peck; o Verlaine y Rimbaud vistos como David Thewlis y Di Caprio; o el magnífico C.S.Lewis como Anthony Hopkins; porque los has visto en *Gringo Viejo*; en *Vidas al límite* de Agnieszka Holland; en *Tierras de Penumbra* sobre las evocaciones de *Una pena en observación*; aunque a veces no es así, y no ves a Hemingway como el Chris O’Donnell de *En el amor y en la guerra* y hay demasiados impedimentos para ver a Baudelaire como Antoine Duléry en *Las flores del mal* firmada por Jean Pierre Rawson...

el cine también impregna la memoria literaria, con o sin fortuna, porque el aire de Agatha Christie es perfecto en *Testigo de cargo* de Billy Wilder, pero Visconti no capta el clima de *El extranjero* de Albert Camus;

David Lean ha retratado la épica de Doctor Zhivago;

los pliegues de Brecht están en *La comedia de la vida* de Pabst sobre la *Ópera de los cuatro cuartos*;

Borroughs está, no sólo físicamente, en la huella de *Drugstore Cowboy* de Gus van Sant;

ciertos matices de Colette han sido captados como nunca por aquel barómetro de sensibilidades llamado Max Ophlus;

la atmósfera tributaria de Washington Irving se respira en *Sleepy Hollow*;

el pulso vital de Chejov está, prodigiosamente, en los *Ojos negros* de Mikhalkov, aunque no en *Tío Vania*;

desde luego Orson Welles fija el espíritu asfixiante del Kafka implacable de *El proceso*;

el gran Epstein recogió la atmósfera opresiva de Poe en *La caída de la casa Usher*;

algunas películas tienen tanta energía para llegar a captar el alma, el aliento del libro.

Puede no suceder y no significa que no sean grandes películas, como *El tambor de hojalata* de Völker Schlöndorff, pero sí *Muerte de un viajante* de Lazlo Benedek; no *El arco iris de gravedad* de Thomas Pynchon rodado por Bramkamp, pero sí *Príncipes de Maine, reyes de Nueva Inglaterra* en la versión de Lasse Hallström...

Sí, el libro está en la memoria; en todas las rutas de la memoria.

Y, cada vez más, genera complicidades sobre una forma de ordenar el mundo, de entender el mundo, con una cierta jerarquía de valores.

Hay algo de ‘Fahrenheit 451’ en este tiempo.

Es la certeza de pertenecer a la última generación de la Galaxia Gutenberg.

Los libros seguirán existiendo, claro, pero sin duda somos la última generación del sistema galáctico Gutenberg, habitantes de un universo que orbitaba sobre la cultura del libro, con su propio modo de conocimiento.

Quizá pensaremos, como escribía Cortázar en *La vuelta al día en 80 mundos*, que a pesar de habitar bajo las mismas estrellas, ya pertenecemos a mundos diferentes.

Y en este mundo hay un lenguaje propio, donde se habla del hexámetro, anacoluto, oxímoron, endecasílabo, hipálage, polisíndeton; un mecano conceptual de palabras donde late el pulso de la literatura y el pensamiento;

aquel endecasílabo de Quevedo: “soy un fui, un seré y un es cansado”;

los versos homéricos de *La Odisea*: “Elevábase el sol, tras surgir de la hermosa laguna, / por el cielo broncíneo, llevando la luz a los dioses / y a los hombres mortales que pisan la tierra fecunda”;

el prodigioso polisíndeton de ese verso de Aleixandre: “ven, que quiero matar o amar o morir o darte todo”;

en definitiva lo que lleva a un folio en blanco a sacudirse con toda la energía de la creación de un universo: “Als Gregor Samsa eines Morgens aus unruhigen Träumen erwachte, fand er sich in seinem Bett zu einem ungeheueren Ungeziefer verwandelt.... (Cuando Gregor Samsa se despertó una mañana después de un sueño intranquilo, se encontró sobre su cama convertido en un monstruoso insecto)”,

y esa frase desencadena algo imprevisible de un modo semejante al ‘efecto mariposa’, de manera que la imaginación, la mirada, la moral, la inteligencia... se agitan tras el aleteo de esas pocas palabras capaces de mover un universo caótico.

La primera frase es siempre una invitación, un flechazo hipnótico:

“Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía habría de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo”, ese comienzo que te atrapa para siempre;

“Call me Ishmael...” el arranque de *Moby Dick*, tres palabras que arrastran la gran novela americana;

o aquella otra que abre la historia de *Ana Karenina*: “Todas las familias felices se parecen; pero las infelices lo son cada una a su manera”;

o ese prodigo de Cervantes: “En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, algún palomino de añadidura los

domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas con sus pantuflos de lo mismo, los días de entre semana se honraba con su vellori de lo más fino”;

o el arranque de *Orgullo y prejuicio*: “Es una verdad universalmente aceptada que un hombre solitario y en posesión de una buena fortuna debe buscar esposa”, al que se le roba mucho traduciéndolo, como al inolvidable comienzo de *Historia de dos ciudades* de Dickens: “It was the best of times, it was the worst of times, it was the age of wisdom, it was the age of foolishness, it was the epoch of belief, it was the epoch of incredulity, it was the season of Light, it was the season of Darkness, it was the spring of hope, it was the winter of despair”;

porque hay frases que solo laten en su lengua: “Once upon a time and a very good time it was there was a moocow coming down along the road and this moocow that was coming down along the road met a nicens

little boy named baby tuckoo”, principio del *Retrato del artista adolescente* de Joyce;

pero hay primeras frases sin idioma como “Mamá murió hoy. O quizá ayer. No lo sé” donde se contiene la desolación de *El Extranjero*,

o aquel “Probablemente algún desconocido había calumniado a Joseph K., pues sin que éste hubiese hecho nada punible, fue detenido una mañana”;

a veces son frases inadvertidas, como el “Mucho tiempo he estado acostándome temprano” con que comienza *Por el camino de Swann*, primer libro de la serie *En busca del tiempo perdido*, o esos arranques eléctricos, como aquel en *El club de los parricidas* de Bierce: “una mañana de junio de 1872, temprano, asesiné a mi padre, acto que me impresionó vivamente en aquella época”.

Las primeras frases de los libros son, en definitiva, el espejo de Alicia, esa puerta mágica que, una vez atravesada, te traslada a un mundo imaginario que a partir de ese instante se convierte en la realidad.

Como el espejo de Alicia o el polvo de la Atlántida de CS Lewis en *Las Crónicas de Narnia*, o el tren que descarilla hacia las nubes o el barco en mitad de la niebla de las leyendas del mar, el armario de doble fondo, el laberinto del fauno... en definitiva todo esto no son más que metáforas de la puerta verdaderamente maravillosa: abrir un libro.

Ahí comienza el viaje; el paseo por el camino de Stendhal; el latido prestado de la palabra literaria que se hace propio.

Cada vez que alguien abre un libro, ilumina un tanto el gris del mundo.

Pero no se trata de los libros. Se trata de tus libros. Y en definitiva se trata de ti.

Libro es una categoría personal. Sin duda transferible, pero estrictamente personal.

O son tus libros, y en ese caso esenciales, o resultan irrelevantes.

Hay miles, decenas de miles –cada año sólo en España se publican más de cincuenta mil– pero un libro sólo es un libro cuando lo tomas, lo abres, lees la primera frase y... ya es tuyo. En ese momento se convierte en un libro, como decía Cortázar en una de sus *Historias de Cronopios y Famas* sobre el periódico, que se convierte en un montón de hojas impresas cuando alguien lo abandona en un banco del parque pero cuando alguien lo coge y lo lee, éste vuelve a convertirse en un periódico; y al dejarlo allí, otra vez en un montón de hojas impresas...

Los libros son un objeto a menudo rudimentario de celulosa, tinta y cola, pero sólo hasta que lo abres, lees la primera frase y el pellizco invisible te atrapa allí.

Borges decía que un libro es sólo una cosa entre las cosas que pueblan el indiferente universo hasta que da con su lector, con un hombre destinado a esos símbolos.

Posiblemente no habría que leer más y más, sino, como propone Henry Miller en *Los libros de mi vida*, cada vez menos y menos.

Los libros excepcionales —añade él— son raros, menos de cincuenta quizá.

Algunos libros son patrimonio esencial para todos, como sucede con las sinfonías de Mozart, la ronda de noche de Rembrandt y el descubrimiento del cubismo en Picasso, los westerns de John Ford, la mirada circular desde la Plaza de la Concordia en París, el Dry Martini del Hotel Algonquin en New York... y así libros universales con el sello de Homero, Horacio, Dante, Cervantes, Shakespeare, Goethe, Flaubert, Dostoievski o Borges.

Pero además están los libros de cada uno. Tampoco demasiados.

Quizá todo el mundo, de tener que llevarse un libro a una isla desierta, haría como Chesterton llevándose *Manual de supervivencia en una isla desierta*. Pero echarías de menos esos treinta o cuarenta libros: los libros que te constituyen.

Esos libros con los que a medida que la vida va pasando, te sientes más confortable, más seguro, más en la inti-

midad. Como todo lo que amas desde siempre. Quietos pero cálidos, como los objetos juanrramonianos.

Los libros se convierten en parte de tu piel, de tu memoria, de tu olfato, de tu mirada, y a medida que las facultades decrecen, siguen ahí, como el faro entre las nieblas,

y en el duermevela, que quizá sea el comienzo de ese duermevela final que es el alzehimer, cuando el cerebro, igual que el universo einsteiano, se dobla sin fronteras, sales a pasear con Ana Ozores aferrado de su mano ardiente y ves a Don Quijote atravesar Manderley desconcertado, y entrar en el salón del Gatopardo donde baila Philip Marlowe con Madame Bovary, y al salir a la terraza estás en el Gran Hotel donde Borges sonríe en una mecedora viendo pasar a Tadzio por el Ponte dei Suspiri, entre el aroma de unos penne rigatte desde la ventana donde Brunetti brinda con Paola, para dirigirse al encuentro de Dorian Gray que mira el callejón siniestro donde Raskolnikov se adentra guiado por Virgilio una vez perdida toda esperanza para las víctimas ante las que cruza desalmado el Dr.Jekyll

con la piel quemada por la travesía en el Nautilus donde toda la noche oyeron pasar pájaros cuyos colores anota Bernal Díaz del Castillo escoltado por el capitán Alatriste, y espolea el caballo del correo de zar pero unos disparos desde la calle rompen el silencio para desatar la cosecha roja de Poisonville, y prefieres volar con Phileas Fogg hasta otro lugar donde Gibreel Farishta y Saladin Chamcha recitan versos satánicos, y desde La Meca –aunque Richard Burton no viaja a Zanzíbar y tampoco Isak Dinesen que comparte la soledad de la señorita Havisham desgranando las grandes esperanzas de Robinson Crusoe cuando ve pasar el corazón de las tinieblas– subes a la caravana hasta Khan el-Khalili de El Cairo para extraviarte en El Callejón de los Milagros donde Hamida te conduce por la escalinata hasta el Túnel tras el que está Ana Ozores que te tiende su mano susurrando algo, y estás seguro de haber oído “bienvenido al hogar”, quizá porque tú sabes que sí, que realmente estás en casa.

la edición de

libros: memoria personal

por teodoro león gross

compuesta en caracteres *galliard, baskerville*

y *caslon*, consta de 500 ejemplares

impresos en los talleres del CEDMA.

La presente entrega se ha tirado hoy

jueves 26 de mayo de 2011, con motivo

de la XLI feria del libro de málaga.

